

alentarlos, máxime en autores como Pereda, que han visto ensalzados sus mismos yerros.

La obra está *casi* ilustrada por Apeles Mestres; y digo *casi*, porque los dibujos del maestro andan por el texto *sicut rari nantes in gurgite vasto*. El lápiz es el de siempre, firme y valiente, aunque parece notarse que Mestres *no ha sentido* la novela. Esta observación la confirmo al cotejar la ilustración de *Al primer vuelo* con la de los *Hermanos Zemgano*, sobre la cual me escribe Edmundo de Goncourt estas halagueñas frases: « Oui certainement, Apeles Mestres est un grand dessinateur, un dessinateur de la famille Vierge, et dont on sent la science et l'habileté ».



### «DULCE Y SABROSA»<sup>1</sup>

SUPONIENDO que Jacinto Octavio Picón pusiese divisa ó lema á la novela que acaba de publicar, debiera elegir estos conceptos de Ovidio: « Si algún romano ignora el arte de amar, lea mis versos, y enseñado con su lectura, ame. Por el arte se guía la ligera nave con vela y remos; por el arte se rigen los voladores carros, y por el arte ha de ser regido el amor. Automedón era diestro en carros y caballos, y Tífis era piloto de la nave argonáu-

<sup>1</sup> *Dulce y sabrosa*, por Jacinto Octavio Picón. Un tomo, 4 pesetas.—Madrid, 1891.



tica; empero á mí me designó Venus maestro del tierno amor; Tifis y Automedón del amor me llamará la gente. Lejos de aquí, vírgenes delicadas, dechado de pudor, y las que ocultáis los pies con talarres vestiduras. Yo enseño la Venus fructuosa y los permitidos latrocinios de amor, y no manchará mis versos delito alguno».

En efecto: las 592 páginas de *Dulce y sabrosa* son un extenso comentario del *Arte de amar*, cuyos cánones, preceptos, leyes y tecnicismo no deben de haber experimentado desde Ovidio acá verdaderas é íntimas modificaciones. Las tretas y ardidés, halagos y finezas para rendir á la virtud que se alarma y resiste; los mutuos requiebros y solaces cuando ya está rendida; los amantes coloquios; las rupturas líricas y dolorosas; la renovación de la antigua herida en el veterano de amor; la reconciliación, más gustosa cuanto más diferida y rogada; todo esto y mucho más, siempre relacionado con la materia ardua y candente de la poesía erótica, lo agota Picón en su libro, al cual el autor

atribuye carácter como de *interludio* ó jugueteo entre dos novelas serias. La fábula se parece en su sencillez á casi todas las que hoy eligen los novelistas. Don Juan de Todellas, moderna personificación del Tenorio, hombre que hace del amor ocupación y fin esencial de su vida, se ha propuesto derrocar el alcázar de la honestidad, intacta aún, de una joven y linda cantante zarzuelera. Á fin de lograrlo, cuando la muchacha obtiene contrata en provincias, la sigue y se aloja en la misma fonda que ella, en el cuarto de al lado, y desde tan estratégica posición, aunque sin seguir el método expeditivo del héroe de Zorrilla, el alcázar cae por tierra, siguiéndose lo natural: que Don Juan tarda poco en hastiarse, y busca pretexto para abandonar á su víctima.

Al levantar el vuelo hacia distintas regiones, Don Juan entrega, por vía de indemnización, cinco mil pesetas á la cantante. Ésta, que ha sentido despertarse en su alma el amor verdadero, constante, invencible, forma, al punto mismo de en-



terarse de la fuga de su Eneas, una bizarra resolución: la de recobrarle ó reconquistarle á toda costa. Renuncia á la vida teatral, y se retira y vive recogida en casa de sus tíos, pareja de humildes estanqueros. Don Juan, entretanto, revolotea libando otras flores y visitando otros países, donde no pierde ocasión de galanteo, ya enteramente olvidado de aquella aventurilla. Cuando regresa á Madrid, después de dos años, Cristeta—que así se llama la ex cantante—prepara una especie de comedia, que recuerda ciertas intrigas complicadas y no muy verosímiles del teatro antiguo. Sepárase de sus tíos é instálase por su cuenta en una casa de apariencia magnífica, donde ocupa una buhardilla pobre. Se viste con elegancia y lujo, se procura un coche, cochero, niñera, y hasta un niño precioso, bebé alquilón cubierto de encajes; en suma, todas las apariencias de una señora casada, llena de respetabilidad, envuelta en bienestar, escudada por su estado, por sus deberes, por su aureola de maternidad, por

todo lo que hace misteriosa, atractiva y preciosa á una mujer. Y Don Juan,—á fuer de legítimo Tenorio,—apenas ve á su antigua amante convertida en fruta del cercado ajeno, principia á encontrarla dulce y sabrosa, blanca como la leche, hermosa como el prado que vistió de flores Abril. Es la eterna leyenda del fruto prohibido, que magistralmente y en forma distinta había tratado ya Galdós, y que después de Galdós y de Picón tratarán otros muchos, porque simboliza algo muy característico de la pícara condición humana.

Cristeta lleva adelante la farsa, como hábil actriz; exaspera por medio de calculadas repulsas é irritantes obstáculos la renaciente pasión de Don Juan; le regatea lo mismo que rabia por concederle; se parapeta detrás de un ausente marido imaginario, y logra que la chispa se vuelva incendio, y que al final de la novela, cuando Don Juan ya no puede vivir sin recordar á su antiguo ídolo, al enterarse de que todo aquello ha sido una ficción, el



Tenorio exclame con arranque naturalísimo: «¿Quieres ser mi mujer?», proposición que ella se guarda bien de aceptar, calculando para su sayo de amante apasionada: «Si me caso, le pierdo».

Aunque tan poco complicada, esta fábula es, como suelen ser las de Picón, de mayor interés interno que externo, por encerrar lo que puede llamarse malicia ó trastienda moral, junta con un espíritu de desmandada y disolvente independencia amatoria. Lo que voy á decir no es acusación en el terreno literario, único en que aquí me sitúo, y por lo tanto no implica ofensa para Picón, quien tampoco se cuida de disimular mucho ni poco la tendencia que en él observo. Picón es, hoy por hoy, el único novelista español que, retrocediendo hasta Jorge Sand, hace la franca apología del *amor libre*, y atribuye á aquella armonía de los corazones crudamente negada por Tolstoy, la misma fuerza y valor que á la sanción legal ó á la bendición religiosa. Esta idea informa á *La honrada*, y esta idea se destaca de

las páginas incendiarias de *Dulce y sabrosa*.

Nótese bien: el *amor libre* predicado por Jacinto Octavio Picón no es ni la promiscuidad ni el desenfreno. Tengo que advertirlo expresamente, porque, á no adoptar esta precaución, no faltaría quien se figurase que atribuyo al autor de *Dulce y sabrosa* tesis que unen á la heterodoxia la brutalidad y el repugnante cinismo, y que nos degradan al nivel de las especies puramente animales. Picón no pretende cosa semejante: lo que pretende va contra la moral social y religiosa, sí, pero sin atropellar la ley moral universal ó *genérica*, que ha elevado al amor desde sensación á sentimiento y desde ley fisiológica á ley afectiva. Esto obliga la justicia á consignarlo, porque no aparezca Picón tachado de ser uno de tantos autores provocantes á libertinaje, cuando es un moralista á su manera, manera heterodoxa y revolucionaria, como la de Alejandro Dumas (hijo).

Esto en cuanto al fondo. Respecto á la



forma, no he de negar que, siendo tan difícil mantenerse en los exquisitos ápices en que la pintura de las realidades amorosas no abochorna, ni enrojece las mejillas del pensamiento, Octavio Picón traspasa alguna vez este límite. Acaso hay en mi juicio algo de subjetivo: acaso tenemos todos nuestro límite interno, y juzgamos por impresión personalísima. El maestro en esta cuestión de detenerse á tiempo y de cruzar el lodo con pulcritud de armiño, me parece Pablo Bourget. Él lo dice todo, y, sin embargo, nunca olvida la *decencia artística*, que no tiene nada que ver con la moral casera. La misma delicadeza supo conservar Alfonso Daudet en *Safo*. Esta limpieza ó recato de la pluma en pasajes escabrosos nace de la sensibilidad del escritor, reforzada por su instinto estético, que le guía, advirtiéndole dónde hay peligro de alterar la pureza de la línea y la majestad de la expresión.

Ovidio, con ser autor tan erótico, conserva, en mi entender, aun en medio de sus licencias, cierto misterioso recato, un

velo, transparente, pero velo al fin. En *Dulce y sabrosa*, confieso que este velo sutil, de mallas de oro, rodea casi siempre los tiernos lances de los dos protagonistas, aunque el autor reniega de cendales y gasas, protesta contra la sujeción de la pluma, y maldice de los que consideran «vítuperable y deshonesto la pintura del amor material en lo que tiene de artístico y poético». No recuerda que él mismo es enemigo de lo material, puesto que aspira á rehabilitar los extravíos amorosos fundándolos en el sentimiento, que lleva consigo ciertas exigencias de pudor y reserva, hijas de nuestra mayor cultura y de la gradual infiltración del espíritu cristiano en las almas, aun en las más racionalistas. Hasta el paganismo, al entonar por boca de Homero el divino epitalamio, supo inventar una nube dorada que envolvese discretamente al Padre Jove y á Juno, cuando ésta se desceñía el cinturón de las Gracias en la cumbre del Ida.

¡Cuánto ganaría, en mi opinión, *Dulce y sabrosa*, si pudiesen suprimirse, no



tanto algunos derretimientos y caricias en las entrevistas de Don Juan y Cristeta, sino las repugnantes escenas de erotismo senil y venal entre el estanquero y Carola! Con tanta más razón cuanto que están de sobra realmente, que son un episodio inútil, y que su presencia en el libro proyecta sobre el principal asunto amoroso siluetas de caricatura y sombras de vicio. También me estorban en *Dulce y sabrosa* ciertos detalles de un realismo pedestre que allí para nada se necesita. Me desagradan las faltas de ortografía de Cristeta, una y otra vez exhibidas en misivas sosas, y los barbarismos de la niñera, y los celos de sainete de la estanquera, y el anónimo que Carola le escribe...

¿Por qué condeno esos toques realistas? Porque *Dulce y sabrosa* (ó yo he comprendido mal su carácter) no es ni un estudio de costumbres ni una novela individual, un caso aislado que les pasó á un Don Juan y una Cristeta cualesquiera, y que ha de narrarse y referirse con todos sus perendengues individuales también y

en cierto modo inseparables de la historia. No: *Dulce y sabrosa* se me figura una *generalización simbólica*. El héroe es Don Juan de *Todellas*, el Tenorio de todas ellas, el amante de oficio: Cristeta, la mujer que ama, la doña Inés de nuestro siglo prosaico, — que ignora los raptos y las cuchilladas: — la que, no menos tierna que la hija del Comendador, sólo vive para Don Juan, y le redime al fin y al cabo por la virtud de la firmeza, de la lealtad, del cariño. Si esta idea, que da tanta tela á un artista, la hubiese planteado Picón resuelta y sencillamente, eliminando superfluidades prosaicas, con esa marcha rectilínea, sintética, lógica, que distingue á los libros de Bourget, creo que *Dulce y sabrosa*, que está escrita con singular atractivo, podría ser una de nuestras novelas indiscutibles, obra de gran originalidad, *distinguidísima*.

Picón responderá—ya lo dice en el corto prefacio que encabeza el libro,— que él no ha tenido tales pretensiones, que *Dulce y sabrosa* no es sino un jugue-



te novelesco, contraveneno del tedio y engañifa de las horas. No hay para qué tomar en cuenta intenciones, sino resultados positivos. En el cuento largo ó juguete de Picón hay fondo bastante para novela, así como de algunas novelas que hoy ven la luz apenas extraeríamos la substancia de un juguetillo de tres pliegos. Á mi modo de ver, flaquea la obra de Picón en el desempeño, y esto sucede porque el autor no vió desde un principio la importancia que el asunto podía tener, ó, porque viéndola, erró en excogitar los medios.

Sin poderlo remediar, *Dulce y sabrosa* me trae continuamente al pensamiento las novelas de Bourget. Ese asunto, tratado por el jefe de la escuela psicológica, llegaría á su fórmula más bella de verdad y profundidad. No habría allí estanqueros libertinos, niñeras parlanchinas y mal habladas, ni coristas pedigueñas. Sólo quedarían esas dos figuras, tan hermosas en su factura simplicísima: el varón que acosa, vence y olvida, para recordar y

adorar cuando se le pone delante la barrera de un imposible, la hembra que resiste, tiembla y cae, para no reclamar ya nunca el corazón que entregó en una hora de deliquio, y á quien la fe invencible de su ternura reserva las palmas de la victoria final. Lo demás es en *Dulce y sabrosa* escoria, herrumbre, verdaderas impurezas de la realidad, que á muchos lectores (y es lástima) les impedirán apreciar debidamente el fondo pasional y humano de la novela.—La cual, sin quitarle ni ponerle, demuestra en Jacinto Octavio Picón fuerzas y aptitudes, que le van granjeando, como artista, muy envidiable puesto.







## EL CANCIONERO DE LA ROSA <sup>1</sup>.

ESTA colección no debió recogerse en nuestros días, ni en vulgares y toscas letras de imprenta eternizarse. Su título y asunto me retrotraen, sin quererlo, á la Edad Media. Figúrome que estoy viendo, en algún camarín vestido de tapices, junto al ancho ventanal entre bizantino y gótico, que defiende fuerte reja y adornan poyos descansando en una hilera de ali-

<sup>1</sup> *Colección de escritores castellanos.* Juan Pérez de Guzmán. *Cancionero de la Rosa.* Manojó de la poesía castellana, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la Reina de las flores, durante los siglos *xvi*, *xvii*, *xviii* y *xix*, por los poetas de los dos mundos. Recóglas de diferentes libros, códices y manuscritos y las publica con noticias biográficas y bibliográficas originales. Tomo 1, Madrid, 1891, 5 pesetas.

mañas esculpidas, á una castellana en la flor de su hermosura, rosa blanca clorótica y suave, de largo y esbelto corpiño, rumoroso brial de seda, trenzas prietas y largas, que alisa con la pálida mano, mientras sus ojos pensativos quieren divisar, al través de la negruzca rejería, la campiña que alegra y dora el sol... Para distraer los pensamientos tristes que la acucian, vuélvese la castellana después de exhalar prolongado suspiro, y toma de sobre el reclinatorio, no un horario iluminado prolijamente, sino otro libro también manuscrito, con capitales de colores, tapas de labrado cuero y cantoneras y cierre de filigrana: es el *Cancionero de la Rosa* de entonces.

Apenas abierto el libro, despréndese de sus folios de vitela un aroma que embriaga y turba. Como efluvios de un ramillete de rosas alejandrinas, envuelven á la solitaria las ardientes frases de los poetas paganos, griegos y latinos, que hablan de la brevedad del vivir, y exhortan á la belleza á aprovechar el corto

:



tiempo por los dioses otorgado á los mortales para soñar sueños de oro y beber en la copa de la ventura. La rosa adquiere voz para esforzar estos consejos, y ofrece su cáliz de esencia: «Coge rosas, ¡oh virgen! ¡Los días huyen, mi esplendor se marchita, mis hojas caen al suelo, mi hora pasa pronto!» Al leer estas estrofas, el corazón de la castellana se llena de ansia infinita, de vagos deseos, de reprimidos anhelos de felicidad. Sigue leyendo, con las mejillas encendidas, húmedos los ojos, entreabiertos los labios. Pero el cristianismo ha venido, la rosa cambia de lenguaje; ya no enseña la filosofía del placer fundándose en la brevedad de la vida; lo que hace es convertirse en flor eterna, de pétalos de luz, para dejarse prender en el tocado de la Virgen. La rosa es mística.... La castellana suelta el libro. Dos gotas de cristal cuelgan de sus pestañas oscuras, y caen sobre las hojas, borrando la tinta carmesí de las capitales historiadas de oro. Entonces se destaca ante sus ojos una poesía árabe sacada del libro

titulado *Kalbet almokait*, donde el poeta dialoga con la flor:

«Al fuego puse una rosa  
Para extraer su fragancia,  
Y al deshacerse me dijo:  
«Ten compasión de mis lágrimas.  
»No son el llanto de un cuerpo  
»Que el fuego voraz abrasa;  
»Son llanto que, al separarse  
»Del cuerpo, sale del alma.»

.....

El actual *Cancionero de la Rosa*, sin embargo, no está escrito en vitela, ni enriquecido con orlas de mariposillas, orugas, fresas y lirios exquisitamente miniados, ni le cubren tapas de oloroso cuero con ricos relieves. El *Cancionero* real y efectivo sale correctamente impreso del establecimiento tipográfico de Tello; véndese á 5 pesetas, forma parte de la *Colección de escritores castellanos* que edita Catalina, y ha sido su diligente y sabio colector el Sr. D. Juan Pérez de Guzmán, persona de instrucción rara y gusto selecto, una de las que deben citarse en pri-



mera línea cuando se trate de probar cuán ridícula é infundada es la leyenda que corre sin examen respecto al periodismo, suponiendo que no se consagran á él sino escritorcillos indoctos, ó todo lo más eruditos á la violeta.

Este *Cancionero de la Rosa*—del cual sólo está publicado el primer tomo, correspondiente á los siglos XVI, XVII y XVIII—me sugiere, ó, por mejor decir, me refresca convicciones algo irreverentes é iconoclastas, que no me privaré del gusto de estampar. Siempre he creído que la poesía lírica se cuenta entre los géneros inferiores de nuestra literatura nacional: que la raza española es más épica que lírica, y que nuestro lirismo propio no se desbordó en raudales de leche y miel sino en los escritos de los místicos. Me refiero en este juicio á la poesía lírica de los llamados *siglos de oro*, que hallo en conjunto falsa, glacial, artificiosa y reflectora de viejos modelos nunca igualados. Yo, que de tiempo en tiempo no puedo prescindir de dar una vuelta al Romancero, y de sa-

borear algunas páginas de Santa Teresa, creo que me pasaría la vida sin tocar á los *tesoros* poéticos de los siglos XVI, XVII y XVIII. Increíble parece al leerlos que aquellos poetas viviesen en una época tan variada, tan rica, tan dramática de la historia, en un suelo donde se realizaban ó de donde partían los grandes sucesos que cambiaban la faz del mundo, en una nación gloriosa, potente, galante, aventurera, derrochadora de oro y sangre, llena de fe—¡pues hasta de fe carecen aquellas tan arreboladas musas, y los versos devotos son de hielo, como los demás!—Este divorcio entre la obra y la vida del poeta, divorcio que impide bajar del cielo á la sagrada inspiración lírica, se advierte mejor repasando las curiosas, nutridas é inestimables biografías con que la investigación del Sr. Pérez de Guzmán ha formado la verdadera riqueza del tomo, y en la preciosa introducción que lo adorna, y de hoy más será consultada como documento de gran valor para la historia literaria.



Comprendo el valor histórico de estas averiguaciones y exhumaciones: lo que niego es el mérito de la mayoría de los poetas que en el *Cancionero* salen á plaza, como también la sinceridad de sus versos, lo cual les quita hasta el valor histórico, pues no palpita en ellos ninguna aspiración ó idea de las que movían y determinaban la marcha de su siglo.

Este juicio es algún tanto duro, y hasta parecerá sacríflego, sobre todo á los que, según abran el *Cancionero*, se den de manos á boca con los sagrados nombres de Camöens y Garcilaso. Desde luego, ni á éstos, ni menos á Rioja, los he de incluir en el número de los poetas mediocres; pero dígaseme en puridad: si un versificador contemporáneo encajase al final del segundo terceto de un soneto, allí donde, según las leyes de la preceptiva literaria, deben estar su medula y su fuerza, el verso siguiente:

«Por no hacer mudanza en su costumbre»,

¿no diríamos que había andado endeble

y tardo de oído? Pues escribiólo Garcilaso.—Y si otro rimador actual terminase otro sonetillo de esta manera:

«La violeta, no el lirio ni aun la rosa»,

y este rimador disfrutase de la nombradía de un Camöens, ¿no pensaríamos que, ó se habían alterado las leyes de pronunciación castellana y dos vocales unidas formaban una sola, en cuyo caso el verso quedaría casi bien,

«La violeta, no el lirio ni an la rosa»,

ó que el tal rimador, ilustre y todo, aparecía muy medianillo en achaque de medir versos?

En un libro preñado de noticias eruditas, como el del Sr. Pérez de Guzmán (que suyo puedo llamarle), me interesa, más que la materia coleccionada, el texto biográfico, donde late la vida real, entonces como hoy bella y fecunda. El villancico inédito de Jorge de Montemayor,



verbigracia, no enriquece gran cosa nuestra poesía; ¡pero cuán interesante sería conocer en todos sus detalles el como «envidia, Marte y Venus» ocasionaron la violenta muerte del autor de la *Diana!* Los dos sonetos del *divino* Herrera están muy bien exhumados de los códices de la Biblioteca Nacional y la de Osuna; sin embargo, la menor noticia inédita sobre *Luz* sería preferible.

Otro deleite que puede extraerse del *Cancionero* y de todo libro que se le parezca, es cierto eretismo de la fantasía muy grato y muy sugestivo, que no tiene carácter arqueológico, sino poético en grado sumo. Ved ahí, por ejemplo, un soneto de mi paisana Doña Isabel de Castro y Andrade, condesa de Altamira. De esta señora no se sabía nada, ni conocían su nombre, ó mucho me equivoco, los regionalistas gallegos; hoy, gracias al colector del *Cancionero*, sólo bastante para que mi imaginación se recree evocando una imagen concreta y hermosa de dama y poetisa del siglo XVI, precursora de Rosalía

Castro en el empleo del dialecto para la poesía. La veo tal como la describió otro poeta prendado de sus gracias: con cabellos de oro esparcidos por el viento sobre la nieve, con ojos que bastan á aclarar la obscuridad de la noche, con risa que quita las penas, con boca de perlas y corales, con mano y pecho de alabastro.—Ya sé que estas señales pecan de genéricas, pero bastan á hacer presumir, cuando menos, que sería bastante guapa, rubia y fresca Doña Isabel.—La veo galanamente prendida y ataviada de corte, leyendo versos lindos y conceptuosos en castellano ó en dialecto, verbigracia: el soneto gallego á D. Alonso de Ercilla, que mereció el honor de que el gran épico lo pusiese al frente de una edición de *La Araucana*. Pero no está sola Doña Isabel: la cercan otras beldades, que componen la Academia literaria presidida por aquella elegante infanta hija de Felipe II, Doña Isabel Clara Eugenia, que, vestida de terciopelo, cuajada de perlas y joyeles, nos ha conservado la pintura. Este cuadro



vale para mí más que el soneto, pero á no ser por el soneto, yo no hubiese fantaseado el cuadro.

Para que no se me acuse de ruda en comprender las bellezas que pueden entresacarse del texto rimado del *Cancionero*, y de despreciativa y rigurosa con nuestros líricos, diré que una de las poesías más admirables que se han escrito en el mundo me pareció siempre, por su forma, aquel delicioso soneto de Góngora, *Rosas de insidia*, que principia, como todos saben:

«La dulce boca que á gustar convida  
Un humor entre perlas destilado....»

Por desgracia, este diamante de nuestras letras prueba dos cosas: primera, que los versos que merecen sobrevivir no andan inéditos por códices y papeles, y segunda, que algunas de las mejores inspiraciones de nuestra lírica no nos pertenecen del todo, pues ese divino soneto, aunque perfeccionado y dominado por

Góngora, era de Torcuato Tasso. ¿Ni quién puede igualar en cantar rosas al cisne que con palabras musicales, blandas como el gorjeo de un ave celeste, compuso é intercaló en la epopeya caballescresca aquella incomparable balada, que inspira toda la melancolía del epicureismo, y que termina así:

«Cogliam d'Amor la rosa, amiamo or, quando  
esser si puote riamato amando.»

Á la categoría de los sugestivos pertenecen también los dos sonetos inéditos del conde de Villamediana, que exhuma el *Cancionero de la Rosa* tomándolos de un manuscrito de la Biblioteca Nacional. ¡Qué drama la vida de ese hombre tan galán, bizarro y espléndido, perseguido por el encono del conde-duque de Olivares, que él pagaba con sátiras y bur-las, y guiando su ambición, más que por los senderos que conducen al valimiento supremo, fuente de riquezas y de honores, por los que prometen venturas idea-



les, secretos é insensatos anhelos del corazón. «Villamediana», — dice Pérez de Guzmán en esta conmovedora biografía, — «que poseía el amor platónico de la Reina, no disimulaba las contrariedades que le hacía experimentar la vigilancia de su enemigo, hasta que, acusado al Rey de sus irreverentes aspiraciones, se le tramó la emboscada en que fué alevemente asesinado, á pocos pasos de su casa, el 21 de Agosto de 1622. Las poesías inéditas aún de Villamediana, cuya copia poseía la biblioteca de la casa de Osuna, y hoy la Nacional de Madrid (JJ.84 provisional) dan con harta claridad la clave de todos estos sucesos, sobre los cuales el artificio de los actores principales del drama procuró dejar la opinión extraviada y en dudas al dominio de la posteridad.» Aquí sí que no negará el más escéptico que la erudición se pone al servicio de la historia dramática. Lo que no se deduce tan claramente de los dos sonetos de Villamediana, insertos en el *Cancionero*, es que el desdichado amator fuese

un «espléndido astro de la poesía castellana», según con excusable indulgencia declara el colector.

Otro enigma novelesco es el poeta muerto en la flor de su edad, de muerte «infelicísima, por ser á manos de quien menos debiera»; Baltasar Elísio de Medinilla; y más enigma aún y más novela secreta, la biografía de Sor Juana Inés de la Cruz, la poetisa que, envuelta en tocas monjiles, supo expresarse con tan graciosa y franca ingenuidad femenina. Es verdad que las tocas las vistió forzosamente, como epílogo de una historia de funesto amor. Bien para escritas las penas y cavilaciones de la reclusa americana, si como nos dice su biógrafo era á los diez y siete años «un prodigio de belleza, de cultura, de inspiración y de vida», y al verse cerrada en la soledad de un claustro, su consuelo fueron los libros, las ciencias, la poesía, la música. ¡Cuán revelador y elocuente es el soneto que reimprime Pérez de Guzmán! Titúlase *Muerte dulce*, y la poetisa dice en él á la



rosa, orgullo del prado, teñida en grana  
y carmesí:

«Y aunque llega la muerte presurosa  
Y tu fragante vida se te aleja,  
¡No sientas el morir tan bella y moza! †  
Mira que la experiencia te aconseja  
Que es fortuna morirte siendo hermosa  
Y no ver el ultraje de ser vieja.»

Por estas perlitas que del *Cancionero* voy entresacando, se comprenderá que disto mucho de no conceder todo su valor y mérito á la obra realizada por el Sr. Pérez de Guzmán. El *Cancionero* no es solamente una curiosidad: repito que puede verse con los felices ojos de la imaginación, y, mirado así, ofrecernos cosecha de rosas. Á veces huele á polvo de biblioteca, no hay remedio; pero otras, se exhala de sus páginas el aroma eternamente fresco de las pasadas primaveras.

Aguardamos con ansia viva el segundo tomo. En él campeará el siglo XIX, el gran

† Aquí la poetisa confunde la *zeta* con la *ese*, como siguen haciendo hoy con bastante frecuencia, al aconsonantar y al pronunciar, los hispano-americanos.

siglo de la lírica, y sabremos si la rosa ha inspirado á nuestros tiempos algo que eclipse ó sobrepuje al famoso madrigal de Rioja, de tan plácida belleza. Salga pronto, como también el otro *Cancionero* que ya está publicando el Sr. Guzmán en la *Revista Contemporánea*, bajo el título de *Los príncipes de la poesía española*. En él habrá, como en el primer tomo de la *Rosa*, mucho nuevo y peregrino para los doctos, mucho sugestivo para los aficionados. ¿Qué más se le pide á un libro?

